

vía para ensayar otras instituciones, ántes de renunciar á la forma republicana, que es el mas noble de todos los gobiernos.

El papel de Hamilton empieza despues de hecha la Constitucion. No hay cosa mas fácil en este mundo que defender nuestras ideas, porque estas se hallan frecuentemente unidas á nuestras pasiones.

Lo difícil y raro es aceptar una Constitucion política que no es obra nuestra, que no corresponde á nuestras ideas, sin embargo de ser lo que mas conviene al país; por último, sacrificar las convicciones personales en aras del amor al bien público, defendiendo instituciones que no se aprueban por completo. Así procedió Hamilton: convencido de que cualquiera nueva division traeria la ruina del país, se constituyó en defensor de la Constitucion; tarea nada sencilla por cierto. Hecha la Constitucion y aprobada por el Congreso, fué menester hacerla aceptar por trece Estados diferentes, discutirla trece veces, en países que no tenian identidad de ideas, ni de intereses; fué necesario vencer todas esas rivalidades, y á fuerza de razon mantener la armonía entre los ciudadanos todos.

Hamilton emprendió este trabajo con extremada valentía: se asoció con dos individuos, de los cuales uno no participaba de todas sus opiniones, Madison, el cual mas tarde llegó á la presidencia.

Madison pertenecia á una fraccion mas democrática; pero comprendia tambien que la Constitucion era la salvacion del país. El otro aliado de Hamilton fué Jay, que era el corazon y el alma de su joven amigo.

Los tres patriotas se decidieron á publicar una serie de artículos destinados á sostener y popularizar la Constitucion. Estos han sido reunidos en un libro, intitulado *El Federalista*, que se compone de ochenta y cinco números. Es necesario no engañarse con esta palabra, que en los Estados- Unidos tiene una significacion diversa que entre nosotros. Allí quiere decir Union, miéntras que entre nosotros significa relajamiento del lazo central. Hamilton escribió cincuenta y un números con extremado ardor: Jay, que habia empezado á colaborar, fué herido en una asonada en Nueva-York, y se vió obligado á retirarse muy al principio para no aparecer hasta el fin del trabajo. Madison y Hamilton fueron, pues, los principales autores de esta publicacion, que tuvo gran voga y que es una exposicion tan clara de la

constitucion, que hoy mismo es su mejor comentario. El prefacio de ella os dará una idea muy clara de lo que pensaba y queria Hamilton.

«Despues de una experiencia harto elocuente de la impotencia del «gobierno actual, sois llamados á deliberar sobre una nueva Constitu- «cion para los Estados- Unidos. Basta enunciar el asunto para com- «prender su importancia: se trata de la existencia de la Union, de la «seguridad y de la prosperidad de los Estados, de la suerte de un im- «perio, el mas interesante del universo, porque parece que se ha re- «servado á la América el decidir la gran cuestion de saber, si los hom- «bres son capaces de darse un buen gobierno por reflexion y por su «eleccion, ó si por el contrario, están condenados á recibir eternamen- «te su gobierno de manos de la *fortuna ó de la fuerza*. La crisis que «atravesamos es decisiva para este problema: si nos engañamos, nues- «tro error será funesto para la humanidad entera.

«¡Felices nosotros, si la eleccion que hacemos es dirigida por una «sana apreciacion de nuestros intereses bien entendidos, por un juicio «libre y desprendido de consideraciones extrañas al bien público. De- «bemos aspirar á ello, ya que no esperar que así sea. El proyecto que «se os ha sometido á exámen, hiere sobrados intereses individuales, «contraría muchas instituciones locales, para dudar que no sea ataca- «do por una multitud de motivos extraños, por pasiones y preocupa- «ciones poco favorables á la libertad.

«Como sucede en todas las grandes discusiones nacionales, es de te- «mer que la animosidad y las malas pasiones no respeten nada. Al ver «la conducta observada por los partidos, fácil es prever que solo esperan «hacer prevalecer sus opiniones, y acrecentar el número de sus pro- «sélitos, sea por medio de violentas declamaciones, sea por la amargu- «ra de sus invectivas.

«El celo ilustrado en favor de la energía y eficacia del gobierno, «será denunciado como un *crimen* de los *adictos al despotismo*, de los «*enemigos de la libertad*.

«La inquietud escrupulosa por la conservacion de los derechos del «pueblo, será denunciada como *medio de usurpar una gran popula- «ridad á expensas del bien público*.

«Por una parte se olvidará que la fuerza del gobierno es esencial á «la conservacion de la libertad; que la opinion de los hombres sanos é

«ilustrados considera inseparables estos dos intereses, y que una ambición peligrosa se oculta mas á menudo, bajo el manto especioso del amor por los derechos del pueblo, que bajo el disfraz poco seductor de celo por el gobierno. La historia nos muestra que el primer camino ha conducido mas que el segundo al despotismo, y que la mayoría de los destructores de las libertades republicanas, han comenzado por ganarse la simpatía popular, principiando por ser demagogos y acabando por ser tiranos.

«Si doy á luz estas reflexiones, conciudadanos, es para ponerlos en guardia contra todos los manejos que se pondrán en acción para hacer prevalecer en las decisiones públicas otras cosas que la verdad y la razón.

«Creo firmemente que vuestro interés está en adoptar la Constitución: creo que vuestra libertad, que vuestro poderío, que vuestra prosperidad, se hallan interesados en ello.

«No afecto una reserva que no tenga por qué simular. No quiero engañaros con apariencias de duda cuando mi opinión está formada. Confieso francamente mi convicción, y os diré las razones en que se funda. Cuando se tiene conciencia de la rectitud de las intenciones, el mejor camino es la franqueza.—A este respecto, basta de protestas: mis intenciones son el secreto de mi corazón; juzgad de mis razones; os las presentaré con un valor digno de la causa de la verdad.» ¡Qué firmeza de estilo! ¡Qué lenguaje tan digno para dirigirse á hombres! No faltó quien acusara á Hamilton de aristocracia y de arrogancia. Todo su delito consistía en interponerse entre los partidos. Lo que se perdona ménos á un hombre, es que tenga ideas que le pertenezcan; nada hay mas odioso para los partidos, que un individuo que no adopta todas sus pasiones y se atreve á tener y á defender una opinión propia.

El secreto para medrar en política consiste en gritar con la multitud.—Pero Hamilton era uno de esos hombres que conocen dos clases de popularidad: la del día presente, la que se obtiene dejándose llevar por la corriente, á riesgo de quedarse en la orilla al día siguiente, y la popularidad del porvenir, que se alcanza consagrándose á la defensa constante de la justicia y de la verdad. Sola esta seducía su noble corazón.

En *El Federalista* no le es difícil demostrar la necesidad de la Unión entre todos los miembros de la confederación, estableciendo en seguida, con gran claridad y perfecto conocimiento de todas las cuestiones, la necesidad de un poder ejecutivo fuerte, de uno legislativo y de uno judicial, independientes.—*El Federalista* es un verdadero manual de libertad.

Gracias á los esfuerzos de Hamilton y de sus amigos, el Estado de Nueva-York se pronunció por la adopción de la Constitución, y su ejemplo fué decisivo.—A Hamilton cupo la gloria de haber contribuido á llevar la Unión á su patria adoptiva, siendo elegido luego por Nueva-York como uno de los principales redactores de la Constitución del Estado, que es una imitación de la federal.

En 1789 Washington fué nombrado presidente: su primer cuidado consistió en rodearse de personas de su confianza; pero en esto procedió con gran moderación.—En un gobierno nuevo, al día siguiente de una revolución, cuando todo se hallaba aún en suspenso, fué menester contemporizar con los partidos que irían desapareciendo poco á poco con la paz.—Llamó á su gabinete á hombres que profesaban las opiniones mas divergentes, gefes de partido, para que si había división fuese secreta, para que no se agitase al país ni se conmoviesen las pasiones. Era preciso que el poder ejecutivo, el Senado y la Cámara, diesen á la América el ejemplo de la concordia y de la unión. Llamó, pues, á su gabinete á Jefferson, gefe del partido democrático, que pensaba que no se había concedido bastante independencia á los Estados, y á Hamilton, que se quejaba de que no se hubiese dado lo bastante al poder central: acompañaban á estos el general Knox y Jay, antiguos amigos de Washington.

El puesto mas difícil en este ministerio, el que exigía mas habilidad y laboriosidad, era el departamento de hacienda; porque en realidad la Unión carecía de recursos financieros. Ya no había crédito, solo existía un papel sin valor, era menester crearlo todo; ardua empresa en un país que carecía de centralización, de estadística, de presupuesto. Aquí comienza la tercera faz de la vida de Hamilton. La conducta que había observado en el Congreso al tiempo de liquidar las pensiones de los oficiales, había hecho ver á todo el mundo que este hombre que tan entendido era en el ramo de la guerra, era capaz de ser un

buen administrador; así es que Robert Morris, el financiero de la confederacion, le indicó como el único hombre capaz de disipar el caos. En efecto, desde luego emprendió la creacion de un sistema de hacienda americano, obra que habria exigido la vida de un hombre, y que él supo realizar en poco tiempo.

Su secreto era muy sencillo. Pagar era imposible; pero cuando un Estado no puede pagar á sus acreedores, puede por lo ménos darles garantías y poner en sus manos títulos negociables.

La cuestion se reducía á que el precio ofrecido en el mercado no equivaliese á una bancarota para con los acreedores. El gobierno federal no podia encontrar en sus cajas lo que no tenia; pero á fuerza de honradez y de celo podia llegar á restablecer su crédito. Hamilton se propuso desde luego evitar la bancarota, reconocer los títulos tales cuales existian, y satisfacerlos. Esto parece hoy cosa muy sencilla; pero en aquella época no tenia el gobierno á su disposicion sino un papel que perdía ochenta por ciento, y se creía un acto de patriotismo el forzar á los acreedores del Estado á que tomasen á la par ese papel despreciado. Pagar á los acreedores su capital íntegro, era, segun se decía, concederles mas *de lo que tenían derecho á esperar*; era una *dilapidacion*.

Hamilton declaró que era menester pagar íntegramente. Esta simple proposicion fué adoptada con extremada dificultad; necesitóse de toda la influencia de Washington, para que Jefferson se resignase á que la América pagase sus deudas; se reconoció, pues, la deuda íntegra; á su pago se afectaron los derechos de aduana, y fué cosa segura ya que trascurrido cierto número de años, no muy considerable, la América habria liquidado completamente sus deudas.

Ademas, Hamilton no quiso que hubiese deudas particulares en los trece Estados, y como las deudas de estos habian sido contraídas á causa de la revolucion, propuso su unificacion y consolidacion federal. Para los demócratas eso equivalía á invadir las atribuciones de los Estados; nueva cuestion con Jefferson, que confiesa cándidamente que él y Hamilton eran los gallos del ministerio de Washington.

Una vez que se adoptó la proposicion (y lo fué por una corta mayoría), Hamilton quiso restablecer la circulacion metálica, la cosa mas difícil del mundo. El estreno de los asignados es siempre agradable;

como los precios se elevan poco á poco, aparentemente todos se enriquecen, excepto los rentistas, de quienes nadie se acuerda cuando no se les necesita. Error en que incurren hoy en los Estados-Únidos; porque el día en que el cambio es desfavorable, el día en que el cambio baja, entónces es preciso que cada uno liquide su situacion y pierda beneficios imaginarios: esta es una de las pruebas mas peligrosas por que puede pasar un pueblo. Y sin embargo, allá es preciso llegar; porque no hay comercio posible con los pueblos vecinos, sino bajo el pié de la igualdad, y para esto se necesita una medida comun de mercancías, es decir, una medida metálica, ó un papel convertible en verdadera moneda.

Hamilton propuso se restableciese la circulacion metálica, y para conseguirlo fundó el banco de los Estados-Únidos, que fué suprimido cuarenta años mas tarde por celos provinciales, durante la presidencia del general Jackson. Merced á estos esfuerzos, encontró el medio de resucitar el crédito. Los datos que se procuró, las comisiones de que se rodeó, los informes que presentó al Congreso, le grangearon muy luego la reputacion del financiero mas hábil del continente. Su mérito principal fué el de ser teórico y práctico en esa resurreccion financiera. De él data el sistema de hacienda en los Estados-Únidos, cosa que basta para hacer la gloria de cualquier hombre.

Hasta la segunda presidencia de Washington permaneció en el ministerio de hacienda y fué uno de los que pensaron ser necesaria la reeleccion del presidente. Pero una vez reorganizada la hacienda, pidió su retiro del gabinete y salió de él efectivamente en 1795 á los treinta y ocho años. Ministro de hacienda, liquidador de una deuda enorme, consiguió restablecer la fortuna de América; pero se olvidó de hacer la propia. Viendo que el país no lo necesitaba ya, pensó en su numerosa familia y creyó que era tiempo de ocuparse de sí mismo volviendo á ejercer la abogacía. Entró, pues, en la vida privada seguido de la amistad de Washington, que le vió con gran pesar alejarse de la vida pública; tan grande era la amistad que le profesaba; y en prueba de ello, cuando este escribió su despedida á la América, el mas bello testamento que haya legado un magistrado á un pueblo libre, quiso que Hamilton la revisase. Seguramente de parte de Washington era una gran prueba de confianza el dirigirse á Hamilton para explicar á

los americanos todo lo que habia hecho como magistrado, dejando á la América excelentes consejos respecto á la manera de practicar la Constitucion. Se conserva el manuscrito de este manifiesto escrito por el mismo Washington; es la redaccion definitivamente adoptada; pero se ven en ese trozo ciertas invocaciones á la concordia, á la union, á la necesidad de establecer un poder fuerte, que parecen haber salido de la mano de Hamilton.

Vuelto Hamilton á la vida privada en 1795, no salió de su retiro hasta una circunstancia memorable: en 1796 se suscitó una contienda entre la Francia y los Estados-Unidos, la que por cierto honra poco al Directorio, y sobre la cual los americanos han conservado detalles que no contienen nuestras historias de la revolucion. En esa cuestion M. de Talleyrand, ministro de relaciones exteriores, y la cuestion *dinero*, desempeñan un triste papel. Sea de esto lo que fuere, las cosas llegaron á tal punto, que la América amenazada creyó necesario levantar un ejército. El presidente Adams ofreció á Washington el mando de este, pero el general declaró que no lo aceptaria, sino con la condicion de que le diesen por inspector general á Hamilton, prefiriéndolo á gefes de mayor antigüedad.

Hamilton fué quien organizó este ejército, y en la época de la muerte de Washington en 1799, fué elevado al rango de general en jefe, aunque sin título oficial, y á pesar de conservar siempre el de coronel en la vida civil.

El 18 Brumario elevó al poder al general Bonaparte, el cual arrojó esta cuestion, por tener demasiado de que ocuparse en el continente.

Vuelto á la vida privada en 1801, Hamilton asistió á la ruina de sus esperanzas. El partido á que pertenecía, la idea que él habia defendido y que exajeraba Adams, la idea de un poder central superior á los Estados, fué condenada por la entrada de Jefferson á la presidencia. Desde ese momento Hamilton se consagró enteramente á su profesion de abogado, adquiriendo en ella gran reputacion. Nadie se encontraba mejor dispuesto para conocer los negocios como un ex-ministro de hacienda, ex-administrador y antiguo organizador de un ejército: sabemos que se expresaba perfectamente, y que á este don reunia una fuerza extraordinaria para el trabajo.

Dos autores franceses, Emerigon y Valin, eran sus autores favoritos

Parecia que Hamilton habia renunciado completamente á la vida política, cuando en 1804 tuvo cierta cuestion con un individuo que ocupaba una elevada posicion en América, con el coronel Burr, en ese momento vicepresidente de los Estados-Unidos y candidato para la presidencia en tiempo de Jefferson. Burr, que se presentaba como candidato para gobernador de Nueva-York, se quejó de que Hamilton lo hubiese calificado de hombre peligroso; y poco satisfecho con este juicio, que Hamilton era muy dueño de emitir, lo provocó á un duelo. Sabemos cuál fué la agitacion de Hamilton en esa circunstancia, pensando como pensaba que batirse en duelo era infringir las leyes divinas y humanas. Además, era padre de familia, esposo afectuoso, y sea dicho en su honor, tenia deudas que pagar. Necesitaba vivir para los demas, no para sí. Hamilton salió del apuro como acontece siempre en tales circunstancias, diciéndose: Soy militar y rehusar el duelo será perder toda clase de influjo: aceptó el reto, anunciando á sus amigos que dejaria que Burr disparase dos veces contra él, y que por su parte no haria fuego: así creia conciliar el honor con el deber.

El miércoles 11 de Julio de 1804, Aaron Burr atravesó el North River, para desembarcar en Nueva-Jersey: allí encontró á Hamilton en compañía de M. Pendleton y del doctor Hosack, uno de los primeros médicos de Nueva-York. Hé aquí la relacion que nos ha conservado este último sobre el duelo:

«Burr tiró primero, la bala penetró por el costado derecho de Hamilton, pasando al traves de las vértebras.— Cuando el coronel recibió el balazo se puso involuntariamente de puntillas y giró á la derecha: en ese instante se disparó su pistola, y cayó boca abajo. Yo me precipité hácia él; cuando llegué estaba sentado, y descansaba en brazos de Pendleton: tuvo suficiente aliento para decirme: Doctor, estoy mortalmente herido; desmayóse en seguida, y todos le creimos muerto. Le embarcamos, y permaneció insensible hasta la distancia de quinientas toesas de la orilla: nuestro auxilio le volvió á la vida, y dijo: Tengo nublada la vista.— Poco despues, apercibiendo su pistola agregó (sin saber que estaba vacía): Tened cuidado con mi pistola que está cargada y montada. Pendleton sabe que no tenia intencion de descargarla.

«Al aproximarse á la orilla me dijo: Enviad á buscar á madama

«Hamilton, prevenidla de lo ocurrido, pero poco á poco; dejadle alguna esperanza.

«Vivió hasta las dos del día siguiente: toda su preocupacion era su pobre muger y sus hijos. Me hablaba de ellos á cada momento, dándoles los nombres mas tiernos.

«A pesar de lo terrible de su situacion, su energía no le abandonaba: sin embargo, una vez solo, pareció faltarle el valor, al ver á sus siete hijos al rededor de su lecho. Abrió los ojos, los fijó en ellos dolorosamente y volvió á cerrarlos para no abrirlos hasta que estos desaparecieron.

«Elisa querida, decia con acento firme y sentido, dirigiéndose á su muger desolada; acuérdate de que eres cristiana.»

Así murió desgraciadamente, á los cuarenta y siete años, un hombre que habia desempeñado tan bello papel en América, y que parecia destinado á prestar servicios mayores aún, atendida su edad. Militar, escritor, estadista, financiero, abogado, siempre se le vió á la altura de su rango, y fué siempre el mismo, jovial, ardiente, resuelto; tan frio en el campo de batalla, como en los estrados de los tribunales de Nueva-York; tan decidido abogado, como intrépido capitán. Este suceso cubrió de luto á la América, y con tanta mayor razon, cuanto que su adversario gozaba de poca estima, opinion que éste justificó algunos años mas tarde. En 1807 se le vió comprometido en una empresa que pudo producir una revolucion en los Estados-Unidos; el plan que tenia era ganarse los Estados del Oeste, enseñorearse de la Nueva-Orleans, y conquistar á México.

Fisher Ames escribió una noticia sobre la muerte de su amigo Hamilton, en la cual le compara á Germánico arrebatado al amor del pueblo romano, y agrega: que la América media la profundidad de su pérdida por lo que Hamilton habia hecho por ella; pero que ignoraba lo que habria podido servirla todavía. Bello, noble pensamiento; pero cualquiera que fuese el genio y el patriotismo de Hamilton, su carrera estaba concluida. Sucede siempre á los organizadores, ya sea en hacienda, ó en otras cosas, que si no mueren oportunamente, la nueva generacion olvida lo que han hecho, para fijarse solo en los defectos de la obra: tal es la historia de Hamilton. El pueblo americano, que disfrutaba de la libertad, olvidaba á aquellos que se la habian dado: el

partido democrático, encabezado por jóvenes ardientes, menospreciaba á Hamilton por federalista, es decir, por opositor á la independencia local, y lo consideraba casi como enemigo del país.

Pero ¿será preciso acaso quejarse de que la América se haya mostrado ménos generosa con Hamilton que con sus otros favoritos? Después de todo, ¿su vida no es una de las mas bellas que se puedan concebir? Por lo que hace á mí, compadezco mucho á los hombres que viven en un país, sin libertad; un hombre de talento, un patriota que nace hoy en Polonia, ó en Venecia, es un desgraciado. Comprender la libertad, amarla y no poder servirla, es lo que yo llamo ser víctima del destino; pero luchar en un país libre, combatir al adversario injusto ó violento, si se quiere; pero combatirlo en plena luz, teniendo á la patria y al porvenir por jueces, vencer hoy, y ser vencido mañana, esta es la vida, no hay por qué quejarse; y yo creo que Hamilton pudo llamarse feliz. Su vida fué intensa, activa, á la par que bella y noble, tal cual puede soñarla la imaginacion mas ardiente. Como soldado, combatió por la independencia de la patria; como legislador, fundó una constitucion, que debia procurar la ventura de su país; como ministro restableció la fortuna y el crédito de la América; luchando en la tribuna y en los campos de batalla, conquistó además la honra de ser amigo de Washington. ¡Feliz mil veces, pues consiguió realizar el sueño de sus primeros años!

Añádase á esto, que su conciencia debia hacerle justicia: él habia sido el amigo verdadero del pueblo, á quien nunca aduló, apelando á su razon siempre, hablándole la verdad, sin contemporizar jamas con las pasiones del momento; en fin, teniendo la dicha de morir joven, cubierto de gloria y dejando en pos de sí los mejores recuerdos. ¿Hay suerte comparable á la de aquel, en cuyo sepulcro puede escribirse: «Este hombre amó sobre todas las cosas, la patria, la justicia, y la libertad?»